LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 19 DE DICIEMBRE DE 1887 — NUM. 312

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES

UN SENADOR VENECIANO, cuadro de **A. Barbudo**, grabado por **M. Weber**

SUMARIO

TEXTO. – *La suerte*, por don Rafael Torromé. – *De Madrid á París*, por don Fernando Araujo. – *Armonías para el olfato*, por el Doctor Hispanus. – *Pasatiempos científicos.*

GRABADOS. – *Un Senador veneciano*, cuadro de A. Barbudo. – *El entierro del labrador*, cuadro de Erik Werenftjold. – *El nido de la miseria*, cuadro de F. Pelez. – *Un mal paso*, cuadro de A. Echtler. – *Mendiga árabe*, cuadro de Hans Makart. – *Le bonhomme Noel*, fragmento de un cuadro de Simón Durán. – *Jarro para agua.* – *Jarrón hechura de botella.* – *Jarrón de porcelana dura.* – *Napoleón III y el príncipe de Bismarck, después de la batalla de Sedán*, fragmento del diorama pintado por Werner. – *Pasatiempos científicos.*

NUESTROS GRABADOS

UN SENADOR VENECIANO, cuadro de A. Barbudo

Un tipo da idea de una clase y una clase puede dar idea de una forma de gobierno. El autor del *Senador veneciano* ha pintado una acabada figura; pero en esa figura hay algo más que un hombre, hay el compendio de la República Adriática. Prescindamos de la verdad del personaje, recomendable bajo todos conceptos por su factura, y atendamos á su significación, única manera de aquilatar la importancia de la obra.

Esa toga senatorial, más holgada, más lujosa, más majestuosa que la toga de los antiguos senadores romanos, es el manto deslumbrador que cubre un cuerpo enfermizo; imagen de aquella república cuyas victorias en el exterior acumulaban en su seno nuevos elementos mortíferos; esa mirada sin calor, contrastando con esa actitud imperante, revelan al patricio convencido de su poder, pero incapaz de defenderlo personalmente, á la luz del día, cuerpo á cuerpo, con las armas en la mano.... El senador de Venecia teje en la oscuridad las mallas con que envuelve á su enemigo; si pone el nombre del pueblo en sus labios, se ríe en su interior del panegírico que hace de la turba que le molesta; al invoca el principio de libertad, es para mejor imponer la autocracia del patriciado, omnipotente en Venecia. Hemos visto en la *ciudad de las lagunas* muchos retratos de senadores venecianos: apenas hay uno que se haga simpático; en su inmensa mayoría trascienden á orgullo, á disimulo, á envidia. No todos se parecen físicamente al de nuestro cuadro; todos coinciden en su oculto pensamiento. Por esto hemos dicho que ese senador tenía el mérito de ser una verdadera síntesis.

EL ENTIERRO DEL LABRADOR, cuadro de Erik Werenftjold

De la tierra vino y volvió á la tierra.

Estas simples palabras encierran toda la biografía del labrador.

Hijo de la naturaleza, á la naturaleza consagró todo su pensamiento, el completo de su fuerza, la existencia entera. Su madre le correspondió generosamente; por cada gota de sudor le dió una espiga.

La idea de la ciudad populosa, en cuyo seno hierven los hombres y las pasiones, nunca turbó su mente. Su mundo era un mundo aparte, cerrado por las montañas que constituían el máximo horizonte desde su estancia.

Un día sintió que su cuerpo se doblaba hacia la tierra: el azadón se desprendió de su mano; el último rayo del sol poniente se posó en su rostro como el beso de despedida de una madre cariñosa.

Había terminado su misión: la tierra recobró su préstamo y su alma voló al cielo. Su entierro fué tan sencillo como sencillo había sido su matrimonio, como sencillo había sido el bautizo de sus hijos.

EL NIDO DE LA MISERIA, cuadro de F. Pelez

En un libro de primera importancia crítica y al pie del grabado que reproducimos, leemos las siguientes consideraciones que hacemos completamente nuestras por coincidir en las ideas que hemos sustentado diferentes veces y continuaremos sustentando mientras la pintura no renuncie á ser considerada bella arte.

«M. Pelez, que es un especialista en niños miserables, ha llegado en este cuadro al último límite. *El nido de la miseria* representa á dos niños harto desgraciados, sucios y enfermizos, dormidos en un lecho cuyo cobertor es tan realistamente asqueroso que, ante ese lienzo, le dan á uno impulsos de rascarse. En todas las cosas puede pecarse por exceso: en buenos principios estéticos, el arte se ha hecho para atraer, no para repugnar. No es que tenga por misión excitar siempre una sonrisa, nada de esto; antes bien está en su derecho cuando desciende á la mansión de los desgraciados y nos conmueve revelándonos ese mísero estado. En los tiempos que corremos, cuando los hombres de más talento se preocupan del problema de los desvalidos, es muy natural que los artistas no les rechacen sistemáticamente. Pero en todo caso, la primera condición de una obra de arte es no traspasar ciertos límites, fuera de los cuales en lugar de atraer é interesar al espectador, se excita su instintiva repugnancia.» – WOLFF.

UN MAL PASO, cuadro de Ad. Echtler

Este cuadro es lo que llamamos el reverso de la medalla del anterior. Ciertamente la escena no tiene lugar en el *boudoir* elegante de una dama, ni sus personajes pertenecen á la clase empingorotada de las gentes llamadas felices porque son ricas; ni la tierna criatura cuyos primeros pasos son sometidos á ruda prueba, echa á andar sobre tupidas alfombras de aristocrático salón. Y á pesar de ello, ¿quién no encuentra simpático el asunto y más simpática aún la ejecución? ¿Quién no se siente atraído por ese idilio casi infantil? ¿Quién no se haría voluntario testigo de la escena, si su buena suerte se la deparara al paso?... Fácil es que esto ocurriese al autor del cuadro y que, tiernamente conmovido, trasladara al lienzo un asunto vulgar, enriquecido, empero, por el sentimiento de inefable dulzura que por todos lados respira.

Desengáñense ciertos artistas, como ciertos autores: lo horrible espeluzna, pero no conmueve; lo realistamente feo es realistamente repulsivo: mayor, inmensamente mayor triunfo alcanza el que hace brotar una lágrima del corazón que el que pone de punta todos los pelos de la cabeza.

MENDIGA ÁRABE, cuadro de Hans Makart

El autor de este lienzo no puede producir obras vulgares. Su reputación artística es tan alta que no puede exponerse á una caída. Afortunadamente para él, cada nuevo cuadro que brota de sus pinceles es un nuevo título con que se atrae la admiración pública y la sanción de la crítica.

Cuando tal puesto se ocupa en la esfera del arte, no basta dibujar con líneas correctas y aplicar color con experta mano; no basta tampoco obtener una forma bella, simpática, agradable á la vista. Es menester llegar al fondo de los asuntos y filosofarlos de tal suerte que en ellos transpire un sentimiento, un objetivo, una idea, que no es la forma material, por más que la forma haya de ser el medio de su revelación.

Así en la *Mendiga árabe* que publicamos no es de ver simplemente á la infeliz ciega que trata de excitar la compasión pública. En este personaje existe, en feliz consorcio, la desgracia que puede herir á los hombres de todas las razas, y la fatalidad, propia de las árabes creencias religiosas. Esa joven parece la petrificación de la desdicha, desdicha que no la inmuta, desdicha como si dijéramos tomada en cuenta desde que su víctima vino al mundo; en una palabra, desdicha que *estaba escrita*. Esa *Mendiga* es la encarnación del fatalismo: Alá la hizo ciega como la hizo hermosa; no es que deje de comprender su desgracia; pero en su feroz estoicismo musulmán, la soporta resignada y cada vez que una lágrima humedece sus ojos sin luz, murmura con dulce acento:—Sólo Alá es grande... ¡Gloria sea á Alá!...

LE BONHOMME NOEL, fragmento de un cuadro de Simón Durán

Bonhomme Noel es el pequeño monigote con que esa ama entretiene al robusto *bebé* que ha entrado en el mundo por la puerta grande. Durán dibuja con mucha facilidad y su manera de *hacer* revela que ha estudiado con fruto á los buenos maestros franceses.

NAPOLEÓN III Y EL PRÍNCIPE DE BISMARCK, después de la batalla de Sedán, por Werner

El 2 de setiembre de 1870, un jinete que vestía el uniforme de campaña de los coraceros blancos de Prusia, cabalgaba, erguida la frente, avasalladora la mirada, fiero el continente, al encuentro de una carretela que conducía á una Majestad caída, que había acudido á la cita fumando cigarrillos y viendo desvanecerse su colosal poder con más facilidad que el humo de su tabaco se desvanecía en el espacio. Aquel día murió un imperio y nació otro imperio.

El desastre de Sedán ha dado mucho que hacer á los pintores, que no siempre hay asuntos homéricos para trasladar al lienzo. En Berlín se ha expuesto un magnífico diorama donde se reproducen con grande verdad y completa ilusión los episodios de aquella jornada, la más trascendental de la historia moderna. Y como el arte tiene exigencias que muchas veces parecen providenciales, resulta que en ese diorama hay un jinete grande, muy grande, y un general en carretela pequeño, muy pequeño. El jinete se llamaba dos días antes el conde de Bismarck; desde aquel día se llamó el canciller de Alemania; hoy es el autócrata de Europa, que según abre ó cierra la mano parece que se abran ó cierren las puertas del januario templo. El hombre de la carretela se había llamado durante diez y ocho años Napoleón III, y desde aquel día se llamó simplemente Luis Bonaparte. Hoy ha muerto: su nombre apenas se lee en la losa que cubre su sepulcro. ¡Ojalá, para su tranquilidad, pudiera leerse apenas en la historia!...

Y bien, ¿no es verdad que ha estado en lo cierto el pintor del diorama?

Estudio de Fernando Keller

LA SUERTE

Y recibió el señor Gobernador civil un cuaderno en cuya primera hoja estaba escrito lo siguiente: *Estatutos y reglamento de* EL TULIPÁN, *nueva sociedad de recreo.*

Art. 1.° «Los señores socios abonarán, como derechos de entrada, la cantidad de mil pesetas.»

Ya no era necesario seguir leyendo el reglamento, para adivinar que á la sombra de aquel *Tulipán* se cobijarían las personas más ilustres y pudientes de la muy reputada ciudad de *Vagópolis;* así pues, el gobernador, despachó satisfactoriamente el asunto, sin regatear su aprobación, atribuyéndolo todo á un rasgo genial de la nata y flor *vagopoliense.*

El Tulipán tenía dos caras; una exterior y otra interior; la fisonomía exterior era alegre, cándida, jovial, risueña; estaba invitando á tomar una taza de café, á leer un periódico, á charlar un rato y á perder el tiempo; la interior era seca, terrible, amarilla, ceñuda; estaba invitando á jugar un *entrés*, á tirar un *elijan* y á dar un *copo*.

Las fortunas eran socios transeuntes, pasaban por *el tapete* y se perdían sobre dos metros de tela verde. ¡La mujer y la fortuna necesitan poco terreno para perderse!

***

La casa social era un palacio, pero se hallaba construído en una callejuela excusada por donde apenas transitaba gente; de este modo consiguieron los socios todas las comodidades, incluso las de soledad y apartamiento; además, el juego tiene cierto pudor, se reconoce á sí propio como vicio y pide á voces que le hagan honesto.

El casino era lujoso, espléndido, soberbio; pero sin gusto, sin concierto, sin delicadeza; aquello más que rico parecía *pringado de oro* y todos los muebles y objetos de la casa respiraban un airecillo de abandono y despilfarro.

En la sala principal, sala de juego, se agolpaban los socios al rededor de una mesa muy grande, y allí, iban arrojando sus fortunas para que el viento del azar las llevase de uno á otro; permanecían horas y horas con los ojos puestos en las cartas, padeciendo la fiebre de la ansiedad y la impaciencia nerviosa de la codicia, se les escapaban esas palabras inciertas que arranca el movimiento vario de la suerte y, en algunas ocasiones, de aquel apiñamiento de carne, no salía otro ruido que el sonar de las monedas y el ritmo suave del aliento agitado.

***

Todos los socios del círculo se nombraban y distinguían por sus apellidos á excepción de un joven á quien llamaban todos simplemente Agapito, ya porque le consideraran el más notable de todos los Agapitos ó el Agapito por excelencia.

Por una de esas inexplicables predilecciones de la suerte Agapito era el terror de todos los jugadores: tanto le favorecía la fortuna, que en menos de dos meses ganó más de la mitad del dinero jugado en la casa.

Intentaron despedirle, le propusieron subvencionarle para que no jugara, algunos socios arruinados querían matarle á palos y á mordiscos, para desahogar en él la fuerza de la rabia; pero el buen Agapito despreció las amenazas y rehusó las subvenciones, porque él no era un ganapán, sino un verdadero artista, un *amateur* apasionado, que quería obtener su dinero *honradamente*, viendo venir un duro cabalgando sobre una sota.

—Cuando Agapito talla, todos los *puntos* son *puntos* y *aparte.*

—¿Por qué?

—Porque se van.

Estas cosas promovieron, al fin, un alboroto, una sublevación, un escándalo; los amigos de Agapito, que algunos tenía, contra sus enemigos, que eran muchos, entablaron cierta noche una formal pelea en que los garrotazos y aun los tiros menudearon con exceso.

Tres ó cuatro socios salieron heridos, y el gobernador, enterado del caso, prohibió terminantemente el juego, bajo la responsabilidad de la junta directiva.

—Yo les aseguro á ustedes,—dijo el gobernador,—que la última jugada será la mía.

Los padres de aquellos jóvenes calaveras se quejaron ante S. M. el Rey, y las cartas quedaron prohibidas en el reino y sus colonias.

***

Al día siguiente acudieron los socios al casino y dirigieron una mirada triste y desconsoladora hacia el lugar donde había estado la gran mesa de juego. Aquel día celebraron una reunión para hablar, para entenderse, para discutir. ¡Oh cuán extraño era aquello! ¡Tratarse como personas los que se habían tratado como máquinas! Aquel día se conocieron unos á otros: aquel día no brillaron las monedas, sino las ideas, la conversación, los sentimientos, los caracteres. Una reunión de *puntos* se transformó, por órden gubernativa, en una reunión de hombres.

A los tres días, era más imperiosa la necesidad del juego.—En el casino no se juega, luego el mundo está vacío.—No hay cartas; no hay vida.—¿Dónde vamos?—¡Qué hacemos!—¡Esto es insoportable....!

. . . . . .

Los *tulipanistas* estaban en el salón, en el gran salón foco de todas sus emociones; la espaciosa mesa, sin tapete verde, parecía el lecho vacío de la esposa muerta; los socios, tumbados en los divanes, devoraban en silencio su aburrimiento y su fastidio.

Los balcones estaban abiertos; eran las once de la noche: en el techo de la sala brillaba encendida la gran araña de sesenta luces; no se oía volar una mosca: aquello parecía el club de los *escépticos*, de los *misántropos*, de los *viudos desconsolados.*

***

En aquellos momentos sonó el canto de una codorniz, que un vecino tenía, y los ecos suaves y graves resonaron en el gran salón rompiendo el silencio que guardaban los socios.

—Buen reclamo tiene: ha dado siete golpes.

—No, hombre, que ha dado seis.

—No señor, ha dado siete.

—Ha dado seis.

—Esperemos á que vuelva á cantar.

—Apuesto una onza á que da seis golpes.

—Yo apuesto veinte onzas á que da siete.

—Yo voy con seis onzas de parte de los siete.

—Yo con mil duros.

—Yo con dos mil duros de parte de los seis.

Se entablaron las apuestas, se sacó el dinero, y presidió el juego el socio más viejo.

—Atención, atención.

Todos los socios guardaron un silencio absoluto; se podían contar los latidos de aquellos corazones inquietos; todas las cabezas se inclinaban hacia el balcón, y los jugadores abrían la boca para escuchar mejor.

Más de treinta mil duros estaban pendientes de la garganta de una codorniz.

El Tulipán recobraba su lozanía; aquellos hombres, después de una semana de abatimiento, se sentían regenerados por el canto de una codorniz.

El maldito animal no cantaba, pero los socios permanecían inmóviles, quietos, con el pecho anhelante.

Era una reunión de hombres de piedra; tenían en el oído aquella ansiedad misteriosa que brillaba en sus ojos cuando el banquero tallaba. Si alguno, impaciente, intentaba hablar, un murmullo de *sit, sit, sit*, aplastaba la voz é imponía silencio.

Después de media hora de inquietud mortal, cantó la codorniz con *siete golpes.*

La explosión fué tan universal como el silencio; parecía que el Tulipán se bamboleaba sobre su tallo... ¡Qué exclamaciones! ¡Qué gritos! ¡Qué risas!

Los partidarios de los seis golpes volvieron á pujar, pero al fin de varias jugadas se convencieron de que la codorniz daba siete golpes.

En aquellos momentos entró Agapito.

– Hola, señores, ¿se juega?

Le contaron lo que ocurría, pero con tan mala fe, que le dijeron que la codorniz daba unas veces seis y otras siete golpes.

Uno dijo:—Pues bien, yo apuesto á que da siete.

Agapito replicó:

—Yo apuesto diez mil duros á que da seis.

Todos apostaron contra Agapito, y éste, impertérrito, iba sacando billetes al portador.

Los socios guardaron silencio de nuevo. Aquello era una jugada segura, un robo, una revancha contra la suerte de Agapito.

La codorniz cantó de nuevo, pero al dar el sexto golpe, el vecino que llegaba á su casa llamó al vigilante, diciendo:

—¡Manueeeeeeel!

Asustada la codorniz, no dió el séptimo golpe.

Agapito cobró una fortuna; los socios estuvieron á punto de ahogarle; pero se contentaron con disparar los tiros de revólver sobre la codorniz.

***

Una vez en este camino de las apuestas, lo aceptaron como compensación á la ausencia de las cartas.

Cierto día, se encontraban los socios asomados en los balcones del Tulipán. Por la desierta calle no transitaba un alma y el silencio que allí reinaba sólo se interrumpía con las voces de los *tulipanistas.*

Uno de los socios apostó que el primero que apareciera por la esquina próxima había de ser moreno, otros dijeron que había de ser rubio y muchos para determinarse aguardaban saber la opinión de Agapito.

—Yo apuesto que será rojo.

—¿De pelo rojo?

—Eso es,—dijo Agapito,—«de pelo rojo.»

Como los de pelo rojo están en gran minoría, apostaron muy pocos socios en favor de Agapito, y los balcones se atestaron de gente que miraba hacia la esquina de la derecha.

—Y ¿si es calvo?

—Entonces, vale el color del pelo que haya tenido ó el color del pelo de su padre, si el que aparece nunca lo tuvo.

—Y ¿si es albino ó castaño?

—Entonces no hay apuesta.

Los socios miraban con ansiedad indescriptible hacia la esquina, porque el valor total de las apuestas ascendía á más de ochenta mil duros. Entonces apareció por la calle, no un hombre, sino una cosa; una cosa negra, cara negra, manos negras, pelo negro.

Era Pepín, el hijo del carbonero, había pasado la mañana en la descarga de seras de carbón y salía á almorzar, tomando el sol, bajo los balcones del Tulipán.

EL ENTIERRO DEL LABRADOR, cuadro de Erik Werenftjold

—¡Es moreno, es de pelo negro!

—¡Ya perdió Agapito!

—Calma, señores,—dijo Agapito,—yo no entrego mi dinero todavía; que suba ese muchacho.

Los criados hicieron subir al carbonero hasta el gran salón; los socios le rodearon mirándole como si fuera el ser más extraño de la tierra; el pobre carbonero no sabía lo que le pasaba y respondía á aquellas miradas investigadoras con otras que expresaban asombro y terror.

Agapito hizo subir un gran cubo de agua, un barreño colosal, jabón, esparto y cepillos.

Todos los socios presenciaron el acto solemne de lavar á Pepín; el muchacho se resistía á que le desnudasen de la cintura para arriba y agitaba con furia los brazos robustos; los criados le arrodillaron junto al barreño, le embadurnaron con jabón, le restregaron con los cepillos, y mientras el muchacho pedía socorro, diciendo que le querían *degollar los señoritos*, todos los socios del Tulipán, formando círculo alrededor de aquel grupo, miraban con interés la carne blanca que aparecía entre las escurriduras churrientas del agua sucia.

La cabeza de Pepín, cubierta de jabón, se sumergió en el fondo del barreño y al salir parecía llena de sangre.

—No, no es sangre, dijo un criado. Es que este demonio tiene el pelo rojo.

***

Al otro día se reunieron los socios con objeto de vengarse de Agapito.

—Es necesario que le dejemos sin un cuarto.

—Es indispensable que tomemos el desquite.

—¡Venganza!

—¡Venganza!

Todos acordaron guardar el secreto y el más astuto de ellos propuso lo siguiente:—Mañana á las cuatro de la tarde, dos de nosotros, disfrazados de agentes de orden público, se colocan en la calle que hace esquina cerca del círculo é impiden, de orden del gobernador, que nadie venga en dirección á esta calle hasta que den las cuatro y media; entretanto, la esposa del conserje estará convenientemente escondida para presentarse cuando sea oportuno, y vosotros apostáis, con Agapito, que será mujer la primera que aparezca por la esquina.

EL NIDO DE LA MISERIA, cuadro de F. Pelez (Salón de 1887)

—¡Bravo!... ¡bravo!...

—Sólo hay que tener en cuenta lo referente á la hora: es decir, que á las cuatro en punto debe entablarse la apuesta.

—¿Y si Agapito apuesta también que es mujer?

—Entonces me avisáis por teléfono á mi casa y yo me encargo de todo.

Acordaron hasta los más pequeños detalles; tomaron las precauciones oportunas y se despidieron hasta el día siguiente.

***

Las cosas ocurrieron como las habían previsto los socios vengadores; Agapito apostó que sería hombre el que apareciera por la esquina, pero hizo las salvedades siguientes:

—Si es niña se considera como mujer, si es niño como hombre, y si es un grupo de varias personas, domina el sexo del mayor número.

—Convenido, convenido,—dijeron todos asomándose al balcón.

A las cuatro y media apareció la mujer del conserje.

La alegría de los socios era indescriptible. Agapito había perdido. Agapito estaba arruinado porque la apuesta ascendía á un millón de pesetas.

—¡Ah, nos hemos vengado!—decían los socios en voz baja.

Agapito estaba tranquilo, recostado en la pared y con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Venga el dinero.

—Que suba esa mujer.

—¿La va V. á lavar también?

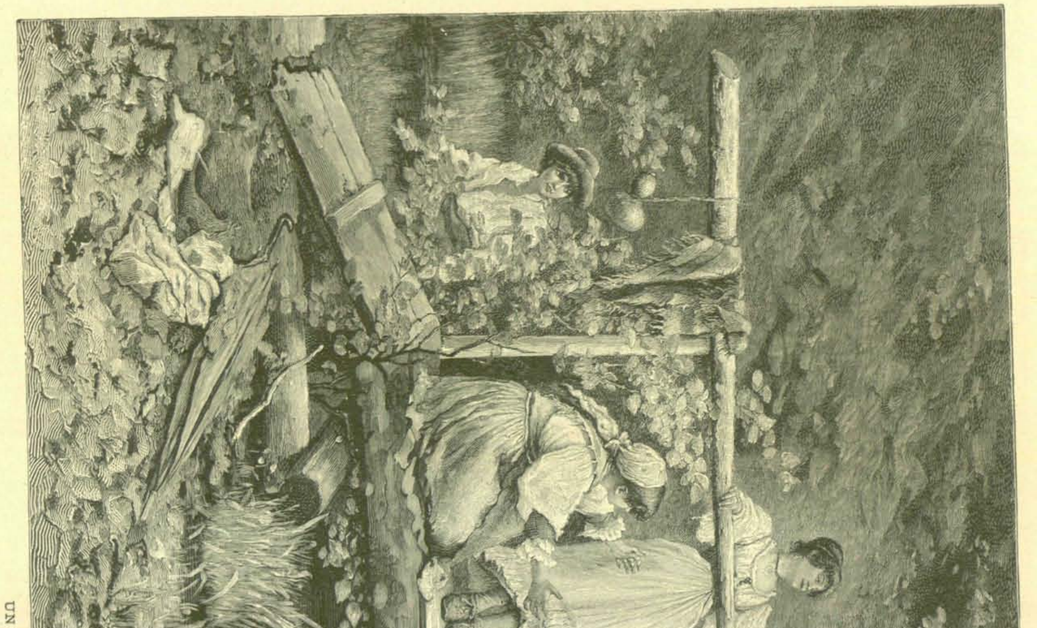
—Que suba.

—¿La quiere V. reconocer?

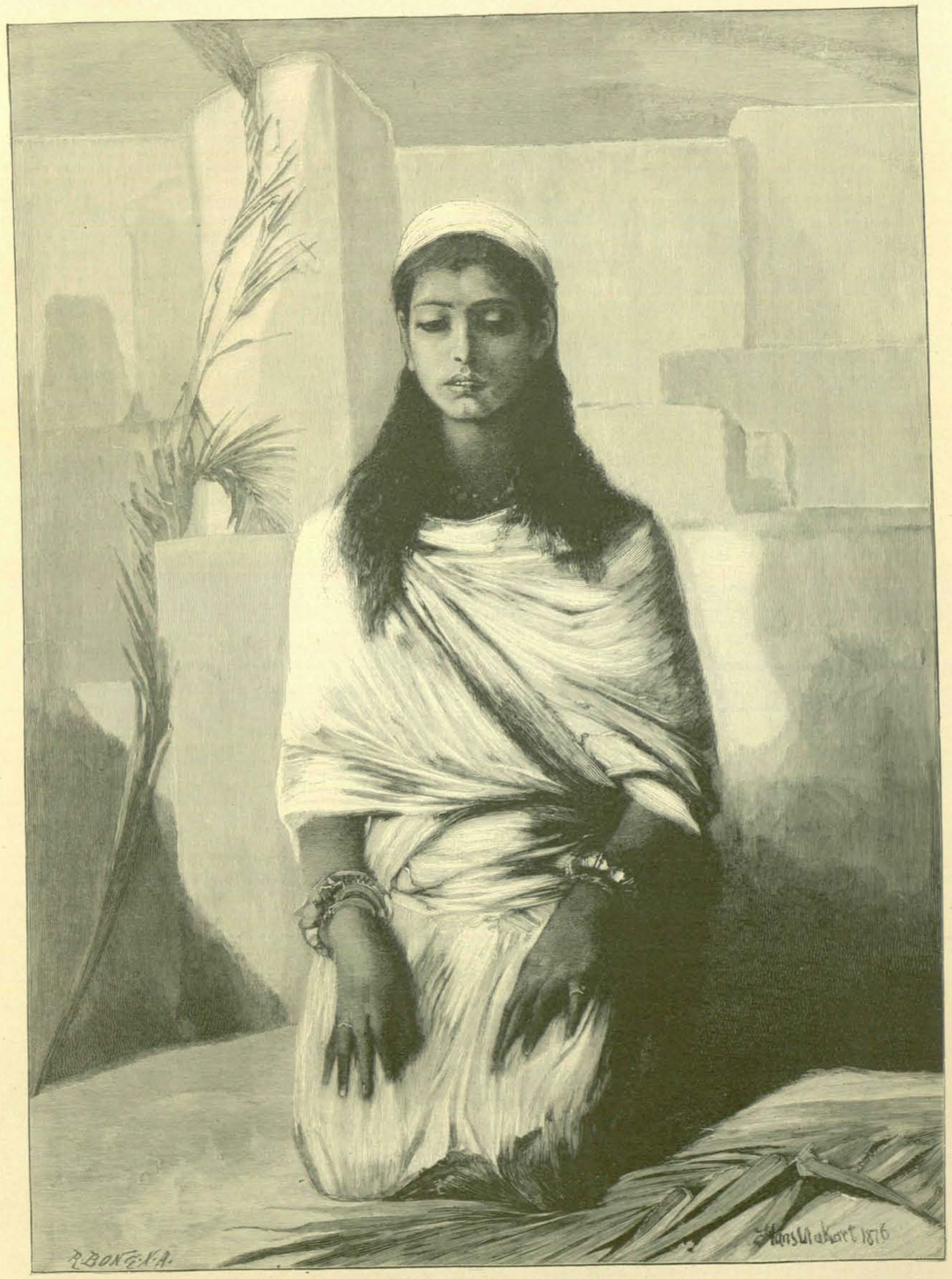
—Basta con la certificación del conserje.

—Que suba esa mujer,—dijo Agapito tranquilamente.

Cuando apareció la esposa del conserje, Agapito la llamó aparte y estuvo hablando con ella en voz baja.



UN MAL PASO, cuadro de A. Eichler



MENDIGA ÁRABE, cuadro de Hans Makart

Los socios bailaban de alegría.

—Es inútil cualquier excusa.

—Si no paga, no sale vivo de aquí.

De pronto se volvió Agapito y dijo con voz solemne:

—Señores, esta mujer está en cinta.

—¿Qué importa eso?

—Sí que importa, el derecho y la medicina legal reconocen en la mujer embarazada dos personalidades; por lo tanto, aun no sabemos si he ganado ó he perdido.

—No señor, mujer en cinta ó sin cinta, el caso es que es mujer.

—Que resuelvan el asunto los tribunales, porque aquí se trata de una fortuna.

—Los tribunales dirán que este es un contrato ilegal, un contrato nulo.

—No pueden decir eso, porque las apuestas en las carreras de caballos tienen fuerza de contrato legal y éste es un caso análogo.

Después de una discusión acalorada pusieron el asunto en manos de la justicia.

Agapito hizo aquel mismo día una donación á favor del hijo que tuviera la esposa del conserje, con objeto de significar más en el asunto la personalidad del póstumo.

Los tribunales acordaron lo siguiente:

1.° Si la esposa del conserje da á luz una niña, pierde la apuesta D. Agapito, etc., etc., etc.

2.° Si da á luz un niño, ó niño y niña, D. Agapito pierde la mitad del dinero apostado.

. . . . . .

. . . . . .

La mujer dió á luz tres niños.

Rafael Torromé

Le Bonhomme Noel, fragmento de un cuadro de Simón Durán

DE MADRID Á PARÍS

¡París!... ¿Quién no ha soñado, en estos tiempos del vapor y la electricidad en que las distancias se anulan, con ver á París? El nombre de París es un nombre mágico destinado á despertar donde quiera deseos y aspiraciones de conocer lo que representa. París se aparece á los niños como una ciudad de *Las Mil y una Noches*, de donde vienen los juguetes que les regocijan, las muñecas que les encantan, las caprichosas chucherías que les encandilan los ojos; París se presenta á la elegante juventud de uno y otro sexo como el centro de los placeres, como la reina de las modas; París es para el hombre de ciencia, foco de ilustración y de cultura, para el artista fuente de inspiración, para el industrial escuela del progreso, para el comerciante manantial inagotable de negocios, para todos emporio de la civilización en el grandioso siglo XIX. ¿Cómo no, si según la expresión del inmortal poeta, París es el cerebro del universo?

No es, pues, extraño que con esa prestigiosa y merecida fama de que París goza, el pensamiento de un viaje á París se presente á las imaginaciones lleno de seducción y de encanto. Los nombres de los *boulevards*, de las calles, de los paseos, de los palacios y de los monumentos de la gran ciudad son populares donde quiera, porque la lectura de los periódicos y de las novelas nos ha familiarizado con ellos desde la niñez. Nuestra Señora de París, los Campos Elíseos, las Tullerías, el Louvre, el barrio latino, los grandes *boulevards*, el *faubourg* Saint-Germain, Palais-Royal, la plaza de la Bastilla, la columna Vendôme... ¿quién no conoce estos nombres? ¿en qué oídos no resuenan cual música mágica que hace vibrar á la par las cuerdas del sentimiento y de la inteligencia, ya recordando el teatro de grandes hechos y de espantosas tragedias históricas, ya evocando los personajes reales ó fantásticos de cien y cien escenas de novelas? París con la incesante irradiación de su cultura ha llegado á ser más aún que la capital de Francia, un centro cosmopolítico del que todo espíritu pensador y amante de las ciencias y de las artes se mira en cierto modo como ciudadano. Recorrer aquellas calles de populares nombres, pisar aquellos palacios llenos de prestigiosos recuerdos, pasearse por aquellos jardines de fama universal, gozar de los mil placeres con que brinda con mano pródiga la antigua Lutecia á cuantos la visitan, debe parecer, á los ojos de la juventud sobre todo, como un sueño dorado, como una aspiración acariciada, como un exquisito goce lleno de seductores atractivos.

***

La primera cuestión que surge cuando se ha resuelto emprender un viaje, es la del itinerario. Para ir á París desde Madrid ó desde cualquier otro punto servido por la línea del Norte, el itinerario que parece obligado y el que todas las *Guías* marcan, es el de Hendaya-Burdeos-Angulema-Poitiers-Tours-Orleans. No aconsejaría yo á nadie, sin embargo, que lo adoptase, aunque debo hacer al efecto una distinción entre viajes y viajes, ó por mejor decir entre viajeros y viajeros, entre el hombre de negocios, indiferente á todo lo que no sea despachar sus asuntos lo más brevemente posible, y el *touriste*, el que viaja por placer ó por instruirse: el primero va derecho á su objeto y el mejor camino para él es el que más pronto le conduzca; el segundo sólo anhela distraerse y el camino para él mejor es el que le presente más risueñas perspectivas y, en igualdad de condiciones, más puntos donde distraerse. Ahora bien: partiendo del supuesto de que este viaje á París no es un viaje de negocios, sino de placer, repito que yo no aconsejaría á nadie el itinerario ordinario de Burdeos-Angulema-Poitiers-Tours-Orleans, sino que le recomendaría que abandonase en Burdeos la vía terrestre por la fluvial embarcándose para Royan y siguiendo desde aquí por Pons y Niort á Tours y Orleans, tanto más cuanto que pudiendo elegir un itinerario para la ida y otro para la vuelta, hay ocasión de disfrutar de dobles perspectivas. Podría objetárseme que acaso fuera preferible invertir los términos dejando el viaje por Royan para la vuelta y *eligiendo* para la ida la vía Burdeos-Angulema; no admito esa inversión por dos razones: el que viaja cuenta para su ida con el máximum de recursos y de animación, mientras que para la vuelta se encuentra con el bolsillo vacío y la curiosidad satisfecha, anhelando sólo volver cuanto antes á su casa y entrar de lleno en su vida ordinaria; á lo que hay que agregar que, al salir de París, lo natural es no sentir ansia ninguna por visitar ciudades de orden inferior. Por eso deben adoptarse para los viajes de ida los itinerarios accidentados, si me es permitida la expresión, y para los de vuelta las vías directas, á menos de que razones económicas, como por ejemplo la del disfrute de billetes de ida y vuelta á precios reducidos, obliguen á ajustarse á determinadas reglas; pero mientras se tenga libertad es siempre preferible, sobre todo cuando el país no es conocido, viajar de modo que se vaya por un lado y que se vuelva por otro, haciendo estaciones en los puntos importantes del tránsito y combinando de tal manera estos altos que el viaje se haga siempre de día para examinar el país que se recorre. Estos viajes por etapas ofrecen la triple ventaja de proporcionar al cuerpo un descanso que jamás es completo en los trenes; de romper la monotonía del viaje directo, conservando siempre despierta la actividad del espíritu para recibir nuevas impresiones; y de contribuir á ilustrar al viajero permitiéndole visitar las poblaciones importantes del tránsito, haciendo así el viaje más provechoso. Entiendo yo que este es el modo racional de viajar cuando un negocio urgente no nos reclame en un punto determinado; porque ¿no es verdaderamente anómalo que haya, como hay, multitud de personas que van desde el Norte repetidas veces á Madrid y que sin embargo no conocen ni Avila, ni el Escorial, y otras muchas que acuden desde Madrid todos los veranos á Santander ó á San Sebastián, sin haber visto nunca más que desde lejos las torres de Valladolid y Burgos, y sólo al paso del tren el hermoso paseo de la Florida de Vitoria?

En suma: el programa de un viaje de Madrid á París por Hendaya creo que debe hacerse por la vía Royan-Niort-Tours con las etapas siguientes fuera ya de España: Bayona, Burdeos, Royan y París. Podrían añadirse las de Niort, Tours, Blois y Orleans, cabezas de departamento, dignas sin duda por muchos conceptos de ser visitadas, y que deben realmente serlo si la impaciencia no es grande y la bolsa está bien repleta; pero el itinerario indicado está calculado con sólo las paradas indispensables, ya para descansar ó ya para cambiar de medios de locomoción, de modo que se viaje siempre de día y se aprovechen todas las horas; como desde Royan á París el viaje puede hacerse cómodamente de un solo tirón, según suele decirse, sería apartarnos de nuestro plan establecer en su trayecto nuevas paradas. La de Bayona puede ser de un día, durante el cual, además de reponerse del cansancio y de visitar cuanto Bayona tiene de notable, la perspectiva del puente Mayou con el *carrefour* de los Cuatro Cantones, la catedral, la ciudadela, las fortificaciones, la subprefectura, *les allées marines* y las principales calles, puede hacerse una excursión á Biarritz por Anglet, viaje agradabilísimo que se hace en 15 minutos, pudiéndose elegir la hora más cómoda, puesto que sale un tren cada sesenta minutos. Al siguiente día se deja á Bayona á las seis de la mañana y se llega á Burdeos á mediodía, pudiéndose visitar esta ciudad, una de las más importantes de Francia, durante la tarde, procurando que no sea sábado ni lunes, días en que no está abierto el museo, que es una de las curiosidades de Burdeos; después de recorrer el museo, y de visitar las ruinas del anfiteatro romano, la catedral, la torre de Pey-Berland, San Miguel, Santa Cruz, los puentes, las puertas históricas, el Gran teatro, la Bolsa, la Aduana, la Prefectura, las plazas y calles más notables, tarea facilitada grandemente por los tranvías, puede pasarse parte de la noche en el teatro, que es magnífico, y al día siguiente visitar el puerto de paso que se toma billete para Royan en el pontón del muelle vertical.

Royan es una preciosa villa de verano, con una concurrida playa, situada en la desembocadura del Gironda, á 104 kilómetros de Burdeos; el viaje puede hacerse por tierra y por agua, pero es preferible esto último: el trayecto se recorre cómodamente en un ligero vapor de los que hacen la travesía del Gironda dos veces al día y que no contienen de ordinario menos de 300 pasajeros; en cinco horas, que se van en un soplo, se recorre aquel hermoso río, que es más bien un brazo de mar, ora admirando las risueñas orillas pobladas de quintas y caseríos que se destacan por entre el verdor de los viñedos, ora contemplando los diversos tipos que en el vapor se juntan, estiradas inglesas, charlatanes gascones, elegantes parisienses, atezados mulatos; ora en fin escuchando los melodiosos acordes de un arpa hábilmente tañida por algún mendigo de los que no dejan de frecuentar tan alegres parajes recogiendo pingüe cosecha de limosnas y haciendo de aquel incesante viajar su modo de vivir. En Royan, donde se llega á la una de la tarde, se pasan sin sentir unas cuantas horas, ya recorriendo la animada playa, ya visitando el soberbio Casino, ya escuchando los conciertos que una escogida orquesta da en sus jardines todas las tardes, ya paseando por el parque ó examinando los vistosos bazares, ya contemplando los cambiantes de luz del faro de la lejana y famosa torre de Cordouan, batida incesantemente por las olas, ya en fin asistiendo á alguna representación lírica ó dramática dada por selectas compañías que nunca dejan de concurrir con fruto á la elegante villa veraniega.

Como última etapa del viaje, al siguiente día se sale de Royan en las primeras horas de la mañana, y después de cruzar los fértiles campos del Saintonge, del Poitou, de la Turena, del Orleanesado y de la Isla de Francia, atravesando los departamentos del Charenta inferior, Deux-Sèvres, Vienne, Indre-et-Loire, Loire et-Cher, Loiret y Seine-et-Oise, dejando á uno ú otro lado de la vía las ciudades de Niort, Tours, Blois y Orleans con multitud de villas y de *châteaux*, y siguiendo las orillas durante largo tiempo del caudaloso Loire, se entra en París á las 8 y media de la noche por la estación del ferro-carril de Orleans en el muelle de Austerlitz, cuando la ciudad está resplandeciente de luz y llena todavía de vida y animación.

***

Una vez en París, la primera necesidad es la del alojamiento, cuestión un tanto complicada para cuya resolución deben tenerse en cuenta los recursos de que se dispone, el mayor ó menor tiempo que se piense permanecer en la ciudad y las aficiones ó propósitos de cada cual, pues sin perjuicio de que todos anhelen disfrutar de todo un poco, hay quienes son principalmente aficionados á recorrer los museos, quiénes gustan de visitar los comercios ó las fábricas, quiénes se proponen estudiar las costumbres de las altas clases ó de las clases obreras, etc., etc., y según sean las aficiones predominantes de cada cual, así debe elegirse por residencia un barrio ú otro, pues cada cual tiene su sello y su fisonomía especial. Como yo no me propongo en esta ocasión descender á ciertos detalles, me permitiré tan sólo decir que la cuestión del hospedaje debe llevarse resuelta ya, á ser posible; que en general los precios son más subidos en los barrios de la derecha que en los de la izquierda del Sena; que en los hoteles de primer orden cuesta la habitación de 25 á 35 francos diarios, que en los de segundo se puede obtener hospedaje por 3 ó 5 francos, y que en casi todos los barrios se encuentran hoteles regularmente situados, aunque sin pretensiones, con alojamientos cómodos y hasta elegantes por 1'50 ó 2 francos diarios.

Con lo que debe allí contar todo *touriste* es con no

Jarro para agua

Es una magnífica y rica joya de arte. Jarro y asa son de una sola pieza de venturina. Remonta su fabricación al siglo VIII, pero en tiempo de Luis XV fué montada en oro con el buen gusto que caracteriza á los dibujantes y plateros de la época.

comer nunca en su hotel, si su hotel tiene restaurant, que la mayor parte carecen de él. Obliga en París á obrar así en primer lugar las enormes distancias que hay que recorrer, siendo preferible comer donde uno se encuentre á la hora que marque su apetito; en segundo lugar la organización de los hoteles, donde lo más ordinario es pagar la habitación y el servicio con entera independencia de la alimentación; y en tercer lugar la ventaja que ofrece el que comiendo cada día en diferentes sitios, se estudian mejor los tipos y las costumbres. Por lo demás dicho se está que en París, lo mismo en materia de habitaciones que de comidas, las hay para todas las fortunas y desde las mesas de la Maison d'or, de Brébant, de los cafés Riche, Bignon ó Helder hasta los establecimientos Duval y los *restaurants* de obreros del faubourg Saint-Antoine ó de los boulevards exteriores, la distancia es tan grande como la que puede haber entre un príncipe ó un banquero opulento y un obrero sin más fortuna que

Jarrón hechura de botella

Dibujo de M. Bienville, ejecutado por Mr. J. Cilos en la fábrica nacional de Sevres.

su jornal eventual. Ateniéndonos á la clase media podemos decir, que en París en general se come bien sin que cueste mucho, pues en el *Gran Hotel*, en el *Hotel Continental* y en el del *Louvre* que son los más grandiosos de París, pudiendo contener el suntuoso comedor del primero hasta 800 personas, no cuesta el cubierto más que 6 francos, siendo muy comunes los restaurant á 2'50 y á 3 francos el cubierto, y habiéndolos hasta de un franco, por cuyo precio dan dos platos, uno fuerte y otro flojo, postre, media botella de vino y pan á discreción. He aquí, para muestra, el *menú* de un restaurant de la calle de Rivoli donde ordinariamente se juntan á comer 300 personas, con servicio esmerado é independiente y raciones abundantes:

MENÚ

ALMUERZO	COMIDA
Salchichón, manteca	Sopa de fideos ó juliana
Ternera asada con patatas	Lengua en salsa picante
Tortilla de hierbas	Bisteck con patatas
Ciruelas	Pichones con guisantes
Queso de Roquefort	Melón, y guindas en aguardiente
Media botella de vino	Media botella de vino
Pan á discreción.	Pan á discreción.

Pues bien: el almuerzo no cuesta más que 1'40 francos y la comida dos francos, y aun se obtiene la rebaja de cinco céntimos en cada comida, tomando abono *(cachets)*. Como se ve la alimentación, para quien no sea muy exigente, es buena y nadie seguramente la tachará de cara.

Resuelta la cuestión del alojamiento, henos ya instalados convenientemente, conforme al gusto y á la posición de cada cual. Hay hoteles donde á manera de tarjetas, se provee á los huéspedes de un plano de París donde se halla el alzado de sus monumentos, plano formado especialmente para el hotel que le regala y en el que por tanto figura éste en primer término. Sean estos ú otros, es absolutamente indispensable proveerse de un plano para no perder tiempo y para formar los itinerarios de cada día.

***

Lo primero que llama la atención en París del viajero no conocedor de las grandes poblaciones, es aquel extraordinario movimiento, aquella exuberante vida de las calles de la inmensa capital. No es fácil sin haberlo visto formarse clara idea de lo que es aquel movimiento sorprendente. Bástame decir que, entre los medios de locomoción con que París cuenta se hallan, además de innumerables carruajes particulares, setenta y dos líneas generales de ómnibus y de tranvías, un ferrocarril de circunvalación que tiene 27 estaciones de las que sale un tren con numerosos carruajes cada 30 minutos; tres servicios de vapores para la travesía del Sena con 17 estaciones dentro de la ciudad, de las que sale cada diez minutos un vapor ascendente y otro descendente, y más de 50.000 carruajes de alquiler, *fiacres* y *remises*, repartidos por los 20 *arrondissements* de la ciudad, siendo de advertir que cada ómnibus hace 40 ó 44 asientos, cada coche de tranvía 48 ó 52, y cada vapor más de 300. Pues bien: á pesar de esta abundancia de medios, nada más frecuente que pasarse horas y horas sin encontrar un puesto vacío, sobre todo en los ómnibus y en los tranvías. Una vez tuve el gusto de contar el número de carruajes que pasaban por los Campos Elíseos en diez minutos; era un día de trabajo, en la época de menos movimiento, cuando toda la aristocracia de sangre, de talento y de dinero se hallaba en el campo ó en las estaciones balnearias; y esto no obstante llegué á contar en diez minutos 410 carruajes que pasaron por delante de mí. Cierta tarde que quise visitar el cementerio del P. Lachaise, fuí á la Plaza de Palais Royal, y en dos horas de espera no pude encontrar ni siquiera un asiento en ninguno de los miles de coches, tranvías y ómnibus que cruzaban ante mis ojos, viéndome precisado á dejar la visita para mejor ocasión.

Unas cuantas cifras darán acaso á mis lectores idea más completa y exacta de este extraordinario movimiento: según las últimas estadísticas, el número de viajeros transportados durante el año 1883 sólo por las líneas de ómnibus, ha sido de 115.100,000; por las líneas de tranvías 131.900,000; por la flotilla de vapores del Sena 188.500,000; por el ferrocarril de circunvalación 65.000,000; y por los carruajes de plaza 48.000,000 en números redondos, lo que arroja un total de 548.500,000 viajeros, á los que hay que agregar el crecidísimo número de privilegiados que cruzan las hermosas calles de la capital en carruaje propio. El término medio de viajeros que diariamente han recorrido las calles de París en el año último, sólo por los ómnibus es de más de medio millón.

Este movimiento extraordinario se explica perfectamente, no ya sólo por la población fija y flotante de París, que se aproxima á tres millones de almas, sino por las enormes distancias que hay que recorrer y por la baratura y excelente organización de los servicios de locomoción. La mayor distancia de París puede recorrerse por 15 céntimos de peseta en imperial y por 30 en el interior de los ómnibus de los tranvías, y la travesía del Sena, desde el Puente Nacional hasta Anteuil, travesía llena de encantos en la que se disfruta de magníficas vistas, no cuesta tampoco más que 15 céntimos; en fin, el recorrido de los 35 kilómetros del ferrocarril de circunvalación con sus 27 estaciones, en el que se invierte dos horas, sólo cuesta 85 céntimos en primera clase y 55 en segunda. Hay que añadir á ésto la excelente organización de los servicios, pues el que ocupa un carruaje de tranvía ó de ómnibus que no pasa por el punto á donde quiere dirigirse, no tiene más que pedir lo que llaman el *boletín de correspondencia* al pagar su asiento, y con dicho boletín tiene derecho, al bajar de aquel carruaje en el punto en que se aparte de la dirección que el viajero sigue, para ocupar otro asiento en los carruajes que vayan hacia donde él se dirija sin pagar nueva cuota.

Fernando Araujo

(Continuará)

ARMONÍAS PARA EL OLFATO

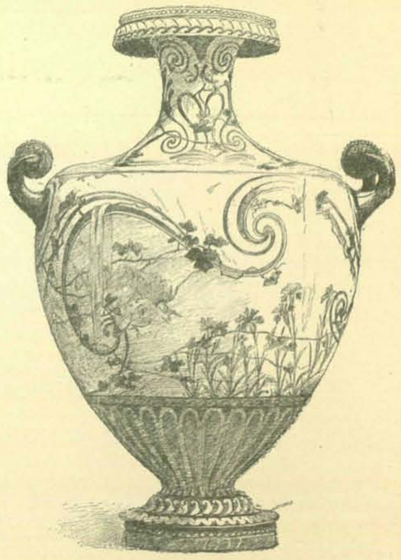
I

Sutilezas del olfato.—La nariz cazadora, la nariz química.—El olor y el organismo.—Nariz ignorante y nariz civilizada.—Nariz pericial.—Propiedades físicas de los olores.—La teoría vibratoria.—Armonías para el olfato.

De todos los sentidos es sin duda alguna el del olfato el que menos ha ocupado á los hombres de ciencia. Su manera de funcionar permanece envuelta en las sombras del misterio, pues ni aun se conoce á punto cierto la verdadera naturaleza del agente que le impresiona; esto es, cómo obran sobre él las sustancias llamadas olorosas.

Y no es que su importancia sea escasa. Su sensibilidad exquisita pasma y maravilla, cuanto más en ella se medita; que allí donde ningún otro sentido alcanza, ni aun armado con los más poderosos auxiliares que la ciencia moderna ha producido, el olfato reconoce y afirma la existencia de sustancias al mayor grado de tenuidad reducidas.

Cruza un cuerpo el espacio, el animal el bosque, el audaz bandolero la encrucijada del camino, el salón la dama, y allí donde ninguna huella se apercibe, donde ningún rastro queda á los demás sentidos perceptible, el olfato descubre quién pasó y guía el rumbo del que quiere seguir el movimiento.



Jarrón de porcelana dura

Fábrica nacional de Sevres, pintado por M. Escalier

El olfato guía á la fiera en sus largas expediciones á través de los desiertos y las selvas en busca de la lejana presa; conduce al lebrel sobre la pista; avisa á indefensos animales la proximidad del enemigo, haciendo en todos estos casos á las bestias superiores al hombre en quien no llegó á tal delicadeza el sentido del olfato.

Y cuando el químico en su laboratorio investiga con afán entre complicadas mezclas, ya naturales, ya artificiosas, la presencia de algunas sustancias que bien por encontrarse en cantidades prodigiosamente pequeñas, ó por cualquier otro motivo no pueden ser reconocidas directamente por los reactivos químicos, acude las más de las veces en último término al olfato, provocando reacciones químicas, que desprenden olores especiales por los que puede reconocerse la presencia ó ausencia de un cuerpo determinado.

Y si la sensibilidad del olfato es tanta, su influencia sobre el organismo no lo es menos. Efecto grande causan las impresiones que en el sentido de la vista se realizan; más vagas é indefinidas, pero acaso por lo mismo tan profundas, son las sensaciones que por intermedio del oído pueden originarse; deleitan, ó causan fuertísima repulsa, si son desagradables, los sabores; pero ninguna acción tan rápida, tan extensa y tan profunda como la que en el organismo entero, y por lo tanto en el ánimo, ejercen los olores.

Perfumes hay que producen indefinible sensación de deleite; provocan otros alegría y algunos náuseas, vómi-

NAPOLEÓN III Y EL PRÍNCIPE DE BISMARCK, DÉSPUES DE LA BATALLA DE SEDÁN, fragmento del diorama pintado por Werner

tos y extraño malestar; causan placentera sensación los efluvios que en las mañanas de primavera exhala la campiña cercana al monte cubierto de matas aromáticas, y fortifican y esparcen el ánimo las brisas del mar cargadas de las emanaciones que, las plantas y animales que en él viven, exhalan cerca de la costa.

Y si para *la nariz ignorante* hay muchos olores parecidos, la *nariz civilizada*, por el placer ó por el interés, bien pronto los distingue, haciéndose el órgano más delicado y más sagaz de todos. Los comerciantes de vinos y de te, los drogueros, los que trafican en tabaco ó son grandes aficionados á estos productos, llegan á imponer al órgano del olfato un verdadero curso de educación. Un comerciante de lúpulo introduce la nariz en un saco donde dicha planta esté contenida, aspira el perfume de las flores y dice en seguida el precio á que se puede vender.

Otra particularidad de los olores, que demuestra bien claro la intensidad de las sensaciones que producen, es la tenacidad con que se fijan en la memoria; sin esta propiedad de recordarse bien, que los olores tienen, los comerciantes indicados se encontrarían muy confusos á menudo. Un perfumista experimentado tiene á veces más de doscientas materias olorosas en su laboratorio y sabe distinguir inmediatamente unas de otras por su nombre tan pronto como las percibe. ¿Qué músico podría en un teclado que tuviera doscientas notas, reconocer y nombrar sin ver el instrumento una tecla herida en el mismo para producir el sonido correspondiente?

***

Acciones tan singulares no han podido menos de llamar la atención de los hombres de ciencia, y aunque menos estudiadas que las que afectan á los demás sentidos, no han dejado de obtenerse acerca de ellas algunos conocimientos. Pecan aún éstos de muy escasos, hasta tal punto que dejan todavía en el misterio cuál pueda ser la causa ocasionante de tan múltiples sensaciones, pero dan alguna guía para ir apreciando singulares é inesperadas analogías con sensaciones á otros sentidos correspondientes.

En primer lugar los olores pueden propagarse á grandes distancias, hasta el punto de que á veces por lo lejos que el foco oloroso se encuentra de los puntos en que el olor se percibe, parece increíble que haya podido llegar tan lejos, sea cual fuere la causa de ella, la acción de dicho foco oloroso.

En segundo lugar el agente oloroso, considerado como cuerpo material es de tenuidad tal, llega á un grado de divisibilidad tan prodigioso, que allí donde no es posible, ni con la balanza ni aun con los reactivos químicos más sensibles, encontrar huellas de un cuerpo, el olor está delatando por modo indudable su presencia.

Además, las materias olorosas sufren alteraciones extrañas en su intensidad. La presencia ó ausencia de la luz, las variaciones de temperatura y de humedad, la presencia y difusión de algunos gases inodoros, son circunstancias que hacen cambiar mucho la intensidad de las sensaciones que unas mismas materias olorosas producen.

Por eso cuesta trabajo el admitir que la existencia de un olor implique necesariamente la presencia de un cuerpo, es decir, que sean las mismas sustancias olorosas las que, desprendiendo pequeñísimas partículas de su masa, van á impresionar el órgano olfativo produciendo la sensación correspondiente. Parece más bien por dichos hechos que los olores resultan, como el sonido, como la luz, como el calor, de la impresión de lo que antes se llamaba *agentes imponderables* y hoy efectos de movimientos vibratorios de la materia, y no de la acción directa *de contacto* de una sustancia sobre el órgano del olfato.

Así ha nacido la teoría vibratoria para los olores, como se admite para el sonido, para el calor y para la luz. Según esta manera de considerar la cuestión, así como los cuerpos que suenan son focos de vibraciones sonoras, y los cuerpos calientes, foco de vibraciones caloríficas, y los luminosos de vibraciones luminosas, las sustancias que huelen serán focos de vibraciones especiales que propagándose después por el espacio actúan sobre el sentido del olfato é impresionan de un modo particular el cerebro produciendo la sensación, también particular, de los olores

Pero si éstos son producto de vibraciones, como quiera que hay olores distintos habrá modos diferentes de vibración olorosa y ésta podrá variar en amplitud y en rapidez resultando intensidad y tono diferente para el olor, y así como de dichos elementos de la vibración sonora dependen la intensidad y tono de los sonidos y el valor musical de éstos, y la intensidad y color de la luz y propiedades diversas en los rayos caloríficos, así también resultarán intensidades y tonos ó matices distintos para los olores, y éstos tendrán un valor musical y cromático y habrá una escala ó gamma de olores como la hay de sonidos y colores y habrá en fin *armonías* y *música* para el olfato, como la hay para el oído y como hay acordes de color para la vista.

Pero tan interesante tema requiere capítulo aparte.

Doctor Hispanus

PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

Singular manera de cortar un melocotón y su hueso.—Aunque parezca algo tarde para hablar sobre el modo de cortar los melocotones, daremos á conocer aquí este procedimiento que es una curiosa experiencia sobre el principio de la inercia.

He aquí cómo se opera; se coge un melocotón casi maduro, de regular tamaño, en el cual se introduce la hoja de un cuchillo de mesa de manera que esté en dirección del eje del hueso, y que el corte se halle en contacto inmediato con la arista de aquél. Si el melocotón está demasiado maduro y no se adhiere á la hoja, sujétase entonces por medio de un hilo, pero con la condición expresa de que el corte del instrumento esté en contacto con la arista del hueso. El todo se sostiene sin rigidez, con la mano izquierda, cogiendo el cuchillo por la extremidad del mango; y después, tomando con la derecha otro cuchillo semejante se da un golpe fuerte sobre el primero, junto al fruto. Si este cuchillo se ha colocado convenientemente en el melocotón, de modo que el choque se trasmita de manera sensible en el sentido del centro de gravedad del fruto, el hueso queda cortado con regularidad en su eje, así como la almendra contenida; y

Experimento de inercia.—Modo de cortar un melocotón

esto, con la mayor limpieza. A menudo sucede que el hueso se corta oblicuamente; pero la experiencia no es menos interesante dada la dureza bien conocida de aquél.

Se debe operar sobre una mesa, empleando cuchillos comunes cuyo lado obtuso no se resiente de la operación.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón